La Academia Calasancia

á S. S. el Papa Pío X

Vicario de Jesucristo,

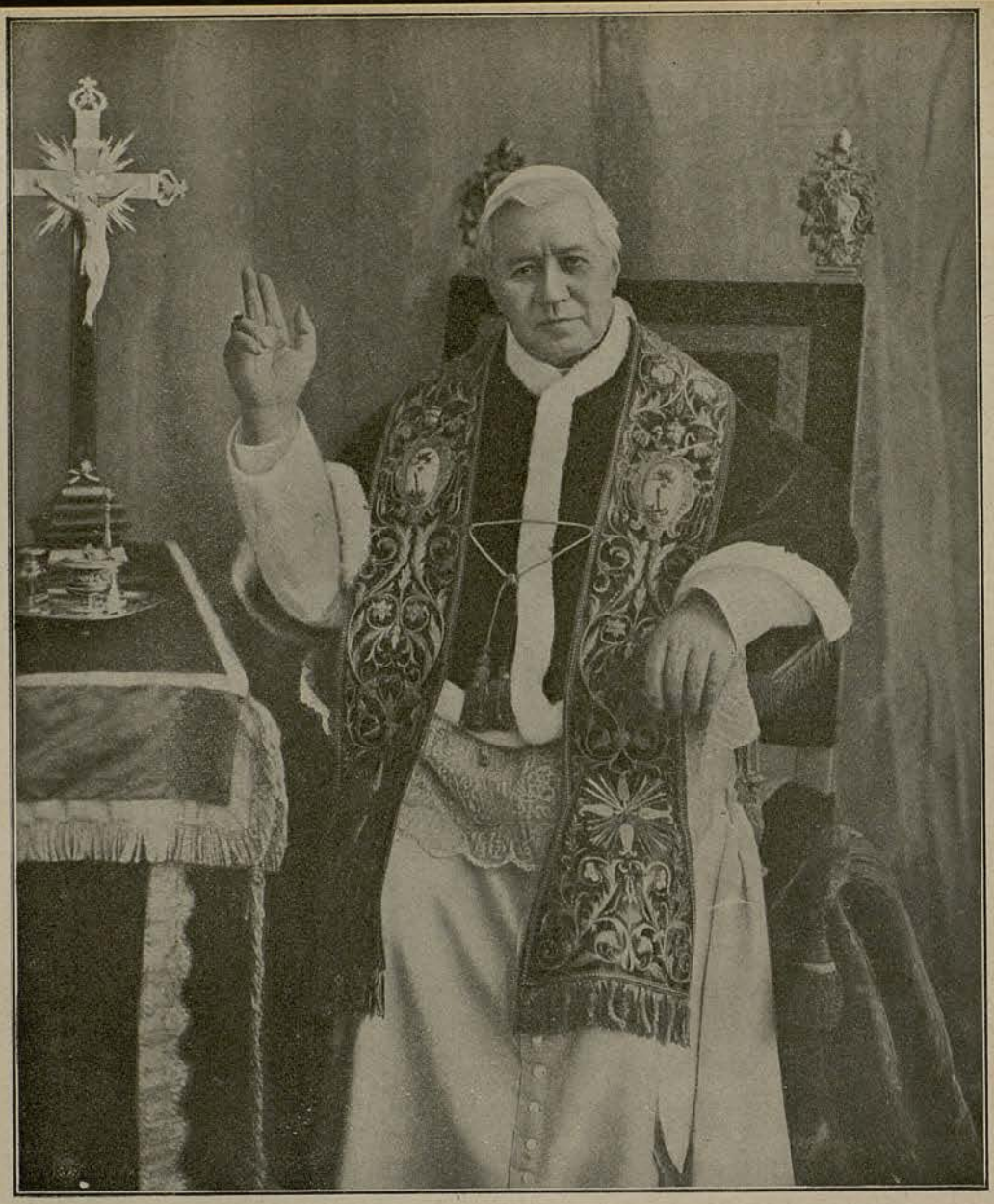
Restaurador de la piedad cristiana,

Maestro infalible de la verdad,

En su Jubileo Sacerdotal

XXII Diciembre de 1903

Año XVIII.—Núm. 402



BEATÍSIMO PADRE

Ramón Piera de Santa Eulalia, Rector del Colegio de las Escuelas Pías de San Antón de Barcelona y Director de la *Academia Calasancia*, fundada en dicho Colegio, postrado á los pies de *Vuestra Santidad*, humildemente suplica se digne conceder para sí y para todos los individuos de la referida *Academia Calasancia*, que trabajan decididamente en defensa de la Santa Iglesia Católica, según las sabias enseñanzas de *Vuestra Santidad*, la Bendición Apostólica é Indulgencia Plenaria en el artículo de la muerte; con tal que verdaderamente arrepentidos y confesados recibieren la Sagrada Comunión, y cuando esto no pudieren hacer, invocaren con la boca, ó por lo menos con el corazón, el sagrado nombre de *Jesús*.

Y por la gracia, etc.

Juxta preces in domino.

Pius PP. X.

Nueva Bendición Apostólica

Nuevamente se engalana la *Academia Calasancia*, y, henchida de júbilo, póstrase humilde ante los augustos pies del Romano Pontífice para testimoniarle la adhesión inquebrantable á sus enseñanzas, el acatamiento incondicional á su autoridad suprema, el amor intenso á la persona del Vicario de Cristo en la tierra, la sumisión completa á Roma de inteligencias, sentimientos y voluntades, que llevan el entusiasmo juvenil á la par que la madurez, hija de la lucha incesante contra el mal, para levantar siempre enhiesto el santo lábaro, la invencible bandera que tiene por sagrado lema piedad y letras, ciencia y virtud.

La *Academia Calasancia* siempre ha sido pontificia, y lo ha sido y es por su espíritu escolapio y porque á ello le obliga también la gratitud.

Si es la *Academia Calasancia* la Escuela Pía seglar, si tiene por padre á nuestro Santo Patriarca José de Calasanz, si son sus maestros y directores los beneméritos PP. Escolapios ¿es posible que dejara un solo momento de ser pontificia? Conteste por nosotros nuestra brillante historia de cuatro lustros, las campañas sostenidas por medio de la palabra y de la pluma en defensa de las enseñanzas pontificias en todos los órdenes y circunstancias, nuestro reglamento que exige al que quiere convivir con nosotros que sea «católico, apostólico y romano en creencias y costumbres, rechazando y admitiendo incondicionalmente cuanto rechaza y admite la Santa Sede».

Así ha sido, es y será la *Calasancia,* y por serlo ha merecido especialísimas distinciones de la Ciudad Eterna, como ninguna otra entidad barcelonesa, análoga á la nuestra, puede ostentar. Con orgullo, con santo orgullo podemos sostenerlo. Nacimos bendecidos por aquel inmortal Pontífice

León XIII; descendimos á la palestra del periodismo, prometiendo no apartarnos ni un momento de la Sagrada Cátedra Romana, y la primera página de LA ACADEMIA CALASANCIA, este nuestro órgano oficial, se honró con una bendición apostólica á la naciente Revista, bendiciones apostólicas que se han ido sucediendo casi cada año, con palabras de aliento para nuestra obra; nuestro queridísimo fundador el Reverendísimo P. Eduardo Llanas (q. e. p. d.), cuyas enseñanzas viven en la *Academia* y cuyo espíritu perdurará entre nosotros mientras existamos, mereció de la Santa Sede el singular título de Consultor de la Sagrada Congregación del Indice, raras veces concedido á teólogos extraños á la Curia Romana, y con esta distinción quiso también honrar el Santo Padre á la *Academia* en la persona de su inolvidable fundador; y hoy, de manos de S. S. el Papa Pío X, nuestro querido P. Director ha recibido la bendición apostólica para la *Academia*, y, como pueden ver nuestros lectores, el Soberano Pontífice ha querido distinguirnos escribiendo su autógrafo al pie de la estampa que perpetúa tal privilegio.

Nuestra satisfacción es grande, nuestro júbilo inmenso, y ni la solemne sesión pública inaugural del curso, dedicada al Pontificado con motivo del Jubileo Sacerdotal de nuestro amadísimo Papa Pío, ni este número á él consagrado son bastantes para exteriorizar nuestros sentimientos. En nuestras almas se hallan y en ellas perdurarán, como joya valiosísima, para recordarnos siempre el deber que tenemos de ser hijos sumisos de la Iglesia y ardientes apologistas del Papado, como así de nuevo lo juramos ante el santo y sabio Pío X, al que deseamos larga vida y por ella elevamos al Cielo nuestras preces, al que aclamamos con todo nuestro ser con aquellas palabras que encierran una verdad y un deseo, un hecho que las diabólicas tramas italianas han querido desmentir, pero que todo el mundo confirma al gritar:

¡VIVA PÍO X! ¡VIVA EL PAPA REY!

Sección Oficial

Acta de la sesión pública inaugural del curso de 1908-1909

En el salón de actos del Real Colegio de las Escuelas Pías de S. Antón tuvo lugar, el día 29 de noviembre, la sesión pública inaugural del presente curso de la *Academia Calasancia,* y que, con motivo del Jubileo sacerdotal, de S. S., estaba dedicada á nuestro Papa Pio X, cuyo busto, junto con el escudo de la Academia, descollaban en el testero del salón, realzados por severos y elegantes adornos, dispuestos por la hábil mano del Rdo. P. Aragonés.

A las cinco ocupó la Presidencia el Iltre. Sr. Magistrado D. Alvaro Parejo, que ostentaba la representación del Excmo. Sr. Presidente de la Audiencia; acompañándole en la Presidencia los Iltres. Sres. Canónigos Dres. Almera y Gassía; representantes del Ilmo. Sr. Obispo de Eudoxia, Vicario Capitular y del Ilmo. Cabildo de la Catedral; el Iltre. Sr. Catedrático Dr. D. Miguel Bonet, que representaba al Excelentísimo Sr. Rector de esta Universidad; el Iltre. Dr. D. Clemente Cortejón, Director del Instituto de 2 ª enseñanza; el Rdo. P. Director de la Asociación Calasancia de Villanueva y Geltrú, junto con su Presidente Sr. Oliva; el Rdo. P. Luis Falguera, Secretario del Internado de Sarriá, que asistió junto con los Académicos Aspirantes de aquel Colegio; el P. Rector del de San Antón y Director de la Academia; los Presidentes de las Congregaciones Mayor y Menor de las Escuelas Pías de Barcelona y representaciones de numerosas asociaciones católicas de Barcelona, y por la Academia, su Presidente, Académicos Honorarios y otros miembros de la Junta.

El Sr. Pla y Deniel, en quien el Excmo. Sr. Alcalde había delegado su representación, se vió imposibilitado de ostentarla por impedirle asistir repentina dolencia.

Comenzó la sesión leyendo el infrascrito el acta de la anterior y la memoria reglamentaria de los trabajos llevados á cabo durante el pasado curso por la Academia, leyéndose después los trabajos que formaban el programa, y que por igual cautivaron la atención del auditorio y merecieron aplausos.

Con mayor motivo el Dr. Parpal se vió interrumpido varias veces por

frenéticos aplausos, al exponer en su discurso inaugural la obra magna que realizaba S. S. Pío X, desde el solio de San Pedro.

También recibió muchas felicitaciones el Sr. Le Monnier después de la lectura de su trabajo sobre la Unidad Italiana.

Las halagüeñas esperanzas del auditorio, al ver aparecer en la tribuna al Sr. D. Alfonso Gallardo, no quedaron defraudadas; como siempre su trabajo resultó original, revistiendo de una agradable y elegante forma tema tan ávido como la aviación.

Las poesías *La Barca de San Pedro,* del P. Santaeugenia y el *Bon fill,* del P. Soler Biel, leídas por los Académicos supernumerarios señores Larramendi y Lloveras, fueron muy del agrado del auditorio, y también recibió especiales aplausos el Sr. Badía al leer una original suya titulada *Pobres orfes.*

Ayudaron á hacer que la fiesta resultase agradable los académicos que forman la sección musical, con la ejecución de piezas de su repertorio.

Terminado el programa, el Dr. Parpal no quiso concluir la sesión sin dar las gracias á los Iltres. señores que habían presidido la velada, á todos cuantos ostentaban alguna representación en ella y al numeroso auditorio que había asistido al acto; y recordando los agasajos de que había sido objeto el pasado domingo, por parte de la Asociación Calasancia de Villanueva, al asistir á su sesión inaugural, aludió especialmente á su señor Presidente Sr. Oliva, agradeciéndole su asistencia á nuestra sesión.

El Sr. Oliva contestóle en elocuente improvisación poniendo de manifiesto el entusiasmo que sienten en su Asociación por nuestra Academia, de cuya espléndida vida acababa de ver una muestra, y cuyo ejemplo quería seguir siempre; dedicó unos hermosos párrafos al Rdmo. P. Llanas, del que tantos recuerdos guardan en su Villa, y terminó con excesiva modestia diciendo que su Asociación se consideraría satisfecha, cuando nos pudiera mandar un representante de tan valiosas cualidades como el que había representado en Villanueva á la Calasancia, uno de tantos miembros ilustres con que cuenta.

Las palabras del Sr. Oliva, escuchadas con creciente atención por el auditorio, fueron coronadas por grandes aplausos, dejando una grata impresión en el ánimo de todos, al considerar el laudable entusiasmo que siente la juventud por tan buenos fines.

Barcelona 29 de noviembre de 1908.

El Secretario,

CARLOS ZIEGLER Y NEGREVERNIS

Un día de Cielo en la Tierra

ó la Misa Jubilar de Pío X

CARTAS ABIERTAS [1]

I

Dejad, niños de mi corazón, que repuesto ya un poco de la profunda impresión causada en mi alma por un acontecimiento más celestial y divino que terrenal y humano, dé á mi alma una legítima expansión; describiendo, no como se merece, sino como sea dable á mis escasas fuerzas, algo, ya que todo no es posible, algo de lo que mis ojos vieron, mis oídos oyeron y mi corazón sintió el día 16 del presente mes, en la ciudad santa, en la capital del orbe católico, en la grandiosa, artística y nunca bastante comparada ni debidamente descrita Basílica Vaticana.

Desde este suntuoso palacio arzobispal de nuestro queridísimo hermano en religión, Excmo., Ilmo. y Rmo. Padre Alfonso M.ª Mistrángelo, arzobispo de Florencia, desde la hermosa ciudad de las flores, desde la patria donde se meció la cuna del inspirado autor de la *Divina Comedia,* desde las riberas del Arno que serpentea mansamente por las fértiles llanuras de esta bendita porción de Italia, hasta llegar á besar humildemente los sólidos cimientos de los artísticos edificios que santificaron las virtudes de los Antoninos, Luises y Julianas de Falconeri, fácil cosa le sería al menos avezado en descripciones reproducir en elegantes frases y bien cortados períodos algo de lo que fué aquella fiesta que formará época en la historia de la Iglesia de Cristo; si no fuese que tratándose de *un día de cielo en la tierra,* le sucede al más experto escritor algo de lo que sucedió al Apóstol de las gentes, cuando trasladado al tercer cielo, vió

(1) Las copiamos de *Ave María,* Revista de la Congregación Menor de Nuestra Señora de las Escuelas Pías y San José de Calasanz.

tales cosas y tales cosas oyó, que él mismo, con todo y tener la inspiración del Espíritu Santo, no acertaba á explicar y sólo sabía asegurar que el corazón del hombre es incapaz de comprenderlas.

Así que, mis amadísimos niños, aceptad mi deseo de haceros disfrutar en estas mal pergeñadas líneas un poco de lo mucho que tuve la dicha de presenciar.

Figuraos, por un momento, que sois trasladados al cielo, donde se forma una larguísima procesión, iniciada por un escuadrón del valeroso ejército de San Miguel, luciendo riquísimos trajes de color de púrpura, cubiertas sus cabezas por sendos capacetes centelleantes, terminados con blanquísimos penachos, que parecen azotar marcialmente el aire, blandiendo en sus manos flamigerantes espadas, como desafiando las furias del Averno, y que detrás de este escuadrón de Guardias Nobles, seguidos del lábaro santo de nuestra redención, sigue un número incalculable de espíritus angélicos, adornados de candidísimas vestiduras y que flotando en los aires, y abanicada por vistosísimas plumas de colores atornasolados, y acompañada de los ecos suavísimos y armoniosos de trompetas argentinas, aparece sonriente como la aurora, blanca como el armiño, cariñosa como una madre, la figura adorable de Nuestro Señor Jesucristo, que á presencia de todo el mundo va á ofrecerse á su Eterno Padre como víctima amorosa para la redención de todos, y os habréis formado una vaga, lejana, casi imperceptible idea de lo que pudimos ver los que asistimos á tan memorable fiesta.

Desde primeras horas de la mañana habíanse convertido en dos ríos de piadosos fieles, que confluían todos al vasto mar Vaticano, para tomar un lugar que les permitiera ver de cerca al Vicario de Jesucristo, las dos vías que conducen á la vastísima plaza de San Pedro del Vaticano; los coches eran tomados por asalto, en los tranvías era imposible tener cabida, atestados como iban de piadosos peregrinos; escua-

drones de tropa del gobierno y policía uniformada cuidaban de mantener el orden y dar paso para la Basílica, abriendo á intervalos algún boquete en el cordón que formaban para dar paso á la multitud que se estrujaba en la gran plaza del Vaticano. La entrada á la gran Basílica era por invitación rigurosamente personal.

Gracias á los buenos oficios del M. R. P. José Recoder, que bien pudiéramos llamarle el Benjamín del Papa, á pesar de sus 74 años, y cuyas bondades jamás podré agradecer cuanto se merecen, pude alcanzar, al igual que mi simpático compañero y muy querido discípulo, Rdo. D. Juan Busqué, de Mataró, Secretario particular del referido P. Recoder, billete especial para eclesiástico, que entrando por la puerta de Santa Marta, nos permitió colocarnos, sin estrujarnos, en primera línea, al centro del crucero, junto al altar de la Confesión, donde debía celebrar el Santo Padre su Misa Jubilar, separándonos del mismo sólo el espacio necesario para pasar la comitiva y quedar formada la Guardia de honor, durante la celebración de los divinos oficios.

A las diez en punto un imponente y religioso silencio, que mantenía vivas las ansias de los ochenta mil fieles, que según el parecer de personas acostumbradas á contar multitudes, llenaban las espaciosas naves de la Patriarcal Basílica, hasta el punto de haberse tenido que cerrar las puertas, por ser ya imposible penetrar más fieles, fué señal de que empezaba la imponente ceremonia. Precedían los Guardias Nobles con aire verdaderamente marcial; seguía la Santa Cruz con siete ciriales, y á continuación, y de dos en dos, trescientos Arzobispos y Obispos, todos con capa pluvial y mitra blancas, sin colores ni adornos, excepto los de rito oriental, griegos, armenios, etc., que llevaban capas y mitras de muy variadas formas y colores; tras éstos seguían, con sus sotanas encarnadas, pero con capas, casullas y dalmáticas, según el orden de Obispos, Presbíteros ó Diáconos

á que pertenecían y mitras blancas, treinta y seis Cardenales del Sacro Colegio, y, en último término, y como flotando por los aires, aparecía la Venerable Persona del Vicario de Jesucristo, vestido todo de blanco, como la blancura de sus canas, sobre las que descansaba la brillante Tiara, símbolo de sus tres reinados, con los regios abanicos que forman como un dosel, que cierra el palio, dando paternalmente la bendición á aquella innumerable multitud de fieles, que cohibida, por expresa voluntad del Santo Padre, de desahogar el afecto de su corazón con hurras y aclamaciones, agita frenéticamente los blancos pañuelos, que semejan inmensas bandadas de blanquísimas palomas, mientras los lejanos ecos de las argentinas trompetas, que se pierden en las inmensas bóvedas de la altísima cúpula de 117 metros de elevación, rivalizan con los armoniosos acentos de la capilla Sixtina, dirigida por el melifluo Perosi, que entona el *Tu es Petrus*.

El corazón parecía que quería salir del cuerpo para volar á los brazos del Padre Santo, que en este momento solemne pasaba á cuatro pasos delante de nosotros, mientras se dirigía al trono preparado á la parte de la Epístola del Altar de la Confesión, para revestirse y empezar la Misa Jubilar, durante el canto de Nona por la Capilla Sixtina, alternando con el coro.

Dejemos á Su Santidad preparándose para celebrar su Misa Jubilar, que procuraré describiros en otra carta, ya con los datos que pude recoger á simple vista, ya con el valioso auxilio de nuestro eminente rubriquista Rdo. P. Segismundo Tresserra, que por sus vastos conocimientos litúrgicos mereció ser distinguido por nuestro Rmo. P. Mistrángelo con el honorífico título de Maestro de Ceremonias de la Catedral de Florencia.

Y ahora, antes de acabar la presente, permitidme, mis amadísimos niños, que os comunique una noticia que no dudo ha de ser de gran consuelo y alegría para vuestro piado-

so corazón. En la audiencia privada que, gracias á la valiosa mediación del M. R. P. José Recoder, pude alcanzar de Su Santidad, después de besarle amorosamente y profundamente conmovido, su pastoral anillo, su mano y su pie, le pedí y otorgó benévolamente su paternal bendición para mi religiosa Comunidad, para mis queridísimos niños y para sus piadosas familias; y luego le presenté y firmó de su propio puño y letra una cartulina con su retrato, pidiéndole la bendición apostólica *In Artículo mortis* para todos los niños Congregantes, para los Congregantes de la Mayor, y para los demás niños y jóvenes obreros que asisten actualmente á nuestra Escuelas de ese mi querido Colegio de San Antón.

Recibid, pues, amadísimos niños, este precioso tesoro de gracia, que desde esta bellísima patria del Dante os envía, gracias á la paternal bondad de nuestro Santísimo Padre Pío X, vuestro cariñoso Padre, que os ama de corazón, y que ni un solo día ha dejado de rogar por vosotros y se repite el más humilde de vuestros servidores, verdadero amigo, que os bendice con cariño.

Ramón Piera de Santa Eulalia
Sch. P., Rector

Florencia 18 de noviembre de 1908

II

Mis amadísimos niños: en mi anterior dejé á Nuestro Santísimo Padre en el trono lateral del crucero, junto al altar de la Confesión de San Pedro, ó altar Papal, así llamado porque en él únicamente el Sumo Pontífice puede celebrar el santo sacrificio de la Misa, disponiéndose y preparándose para la celebración de la santa Misa, mientras la capilla Sixtina, alternando con el coro, cantaba Nona.

En obsequio á la brevedad, me habéis de permitir, amadísimos niños, que omita la reseña de las muchas y significativas ceremonias que tienen lugar durante la Misa Pontifical del Papa; sólo reseñaré, y aún condensándolo mucho, lo más notable de dichas ceremonias. Cuatro veces se lava las manos el Sumo Pontífice durante la Misa Pontifical, servido por un Príncipe seglar, que antes se quita la espada, y en este día era el muy ilustre Príncipe Colonna, y asistido de varios Prelados, mientras los Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos están en pie y los demás Prelados de orden inferior y los Príncipes están de rodillas. Desde el trono lateral se dirige al trono principal, levantado junto al altar de la Cátedra de San Pedro, donde los tres Cardenales Presbíteros más jóvenes le besan en la cara y en el pecho. Dirígese luego al altar Papal, y después de un rato de oración, empieza la santa Misa por el *Confiteor Deo*. Inciensa el altar, y el Cardenal Diácono inciensa al Sumo Pontífice y le besa en la cara y el pecho, y luego se dirige al trono Papal, donde reza el introito. Cantados por la capilla Sixtina los Kyries, de la majestuosa Misa del Papa Marcelo, canta en pie y con voz firme, potente, sonora y melodiosa el *Gloria in excelsis*. La Epístola y el Evangelio se cantaron en latín y griego por asistentes de los respectivos ritos. Luego, con la misma seguridad del *Gloria,* el Santo Padre entona el *Credo*. Mientras se canta el *Credo,* los Cardenales asistentes y el Sacristán papal, preparan en el altar la hostia y el vino para el Ofertorio. Tres hostias se preparan; dos de ellas que el Cardenal Diácono hace tocar en la patena y el cáliz por el interior y el exterior, las entrega al Sacristán papal para que las suma, y luego pone en una taza un poco de vino y agua del que ha de servir para la Misa y lo bebe el mismo Sacristán. El Sumo Pontífice cantó con majestuosa entonación el *Prefacio,* y continuó la Misa hasta llegar el momento supremo de la Consagración.

Si siempre es solemne é imponente este momento, en que el Unigénito del Eterno Padre, obediente á la voz de un hombre, baja del cielo, para transformar el pan en su propia carne y el vino en su propia sangre, obrando el más estupendo de los milagros, llevado de su amor á los hombres; hoy resulta de una solemnidad extraordinaria, por tratarse del Vicario del mismo Jesucristo, su verdadero representante en la tierra, que celebra el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal rodeado de trescientos Arzobispos y Obispos, que se han congregado de todas las partes del Orbe católico, asistido del Sacro Colegio de Cardenales, con asistencia de millares y millares de fieles *ex omni gente, et tribu, et populo, et natione,* que se han reunido de los cuatro ángulos de la tierra, abandonando sus hogares y emprendiendo penosos viajes para asistir á tan solemne acontecimiento, realzado este conmovedor espectáculo con la altísima representación diplomática de todas las naciones, que han enviado allí embajadores extraordinarios, desde el piadoso Rey de España, hasta el cismático Czar y el supersticioso Sultán, para solemnizar tan fausto acontecimiento. Y para que nada falte de lo que pueda abrillantar este momento solemne, júntase el dulce y suave son de las argentinas trompetas, que bajando desde lo alto de la hermosísima cúpula de 117 metros, en su interior semejan voces angélicas que cantan las alabanzas del Dios tres veces Santo que el Papa ofrece á la adoración de los fieles.

Después del *Agnus Dei* se fué el Papa al trono de la Cátedra; llegado allí, el Cardenal Diácono tomó la patena del altar con la hostia, sobre la cual el Maestro de Ceremonias puso una estrella de oro, y después de ofrecerla á la adoración de los fieles, el Subdiácono la recibió y se la llevó al Papa, quien se arrodilló, al igual que los circunstantes, la adoró y se levantó; luego el Cardenal Diácono tomó el cáliz del altar con el Santísimo *Sanguis* y lo llevó al Trono

Papal, adorándolo el Papa, y luego se levantó, fraccionó la Sagrada Hostia, y dicho el *Domine, non sum dignus,* sumió una de las dos partes (1), y dividiendo en dos partes la restante dió una al Cardenal Diácono y otra al Subdiácono, besándole éstos la mano antes de comulgar y recibiendo de él un abrazo; después el Cardenal Diácono le presentó el cáliz con el *Sanguis* y Su Santidad sumió con la *fístula,* ó cañoncito de oro, parte del *Sanguis;* y tomando el Cardenal Diácono el cáliz con la *fístula* dentro la copa, fuése al altar, donde sumió con la misma *fístula* otra parte del *Sanguis,* dejando para el Subdiácono la parte restante que sumió sin *fístula.* Purificados el cáliz y la *fístula,* el Cardenal Diácono de Honor entregó á Su Santidad un cáliz pequeño con vino para purificarse. Luego de lavadas las manos por cuarta vez, el Sumo Pontífice bajó acompañado de todos los Prelados asistentes y se dirigió al altar, para terminar la Misa.

Terminada la Misa y revestido el Papa como antes de empezarla, se sentó en la *Sede Gestatoria* y le fué entregada por el Cardenal Arcipreste de la Basílica Vaticana una bolsa de terciopelo blanco con bordados de oro, conteniendo 25 *paulos* en monedas viejas (12 ptas.), como limosna de la Misa *bene cantata.*

Terminado esto, doce Palafreneros levantaron á un tiempo la *Sede Gestatoria,* en que iba sentado Su Santidad, y se dirigieron á la nave central, delante del altar de la Confesión de San Pedro. El Cardenal Obispo Asistente anunció que el Sumo Pontífice iba á dar la Bendición solemne. Todos los Emmos. Cardenales, los Prelados de todos ritos, Comunidades religiosas y los ochenta mil fieles que rodeaban á Su Santidad se postraron reveren-

(1) Esta Hostia, consagrada por Su Santidad y venerada por tanta multitud de Prelados y fieles, fué hecha por las Religiosas Benedictinas de la ciudad de Mataró, y llevada á Roma por el M. R. P. José Recoder.

tes, contestando á la Bendición con un *Amén,* entusiasta, penetrante, conmovedor, que hizo derramar abundantes lágrimas de ternura y consuelo. Sólo en Roma, sólo en la grande Basílica Vaticana, sólo celebrando el Sumo Pontífice su Misa Jubilar, puede saborearse aquí *en la tierra* algo de lo que es *un día de cielo.*

Terminada la Bendición Papal, siguió en la *Sede Gestatoria,* entre dos filas de apiñados fieles que agitaban con frenesí los pañuelos, hasta llegar al altar de la Piedad, bajando de la *Sede,* el que no teniendo autoridad Superior en la tierra, vive prisionero en el Vaticano, el Vicario de Jesucristo, nuestro amantísimo Padre el Papa Pío X.

Rogad, amados niños, por nuestro común Padre, que tanto ama á los niños, y el Señor os conceda la Bendición que para vosotros implora todos los días en el Santo Sacrificio de la Misa vuestro verdadero amigo, hermano y Padre espiritual.

RAMÓN PIERA DE SANTA EULALIA
Sch. P , Rector.

Florencia 19 de noviembre de 1908

El Pontificado de Pío X

Discurso inaugural del curso académico de 1908-09 por el Presidente de la *Academia Calasancia* Dr. D. Cosme Parpal y Marqués

ILTRES. SEÑORES:

SEÑORAS Y SEÑORES:

ANDA perpleja mi mente, y mi palabra, siempre torpe, lo es más en esta ocasión, ante los tristes recuerdos y dulces remembranzas que mi memoria suscita. Es ley de la

humana imperfección, la cual se cumple en el caso presente, que haya en los actos trascendentales de la vida esta mezcla extraña y curiosa de alegrías y tristezas, como para indicar con el maridaje de uno y otro afecto, que no hay en esta tierra felicidad completa, para que el hombre levante el corazón hacia lo eterno en busca de aquella bienaventuranza prometida á los buenos y alcanzada por los santos.

Vuelvo á presentarme ante vosotros como Presidente de esta queridísima Academia, que os convoca una vez al año para daros cuenta de cuanto ha hecho en el anterior curso, como si quisiera con ello demostraros que nuestra sociedad no vive sólo para ella, sino para todos, y desea públicamente mostraros á vosotros, que la habéis visto nacer y habéis presenciado su desarrollo, que en su vida de flores y espinas no ha dejado un solo instante de cumplir con su misión de propaganda católica.

Pues bien; al presentarme de nuevo ante vosotros, llevando la voz de nuestra Academia en esta sesión, hecho que me llena de alegría porque veo que mis consocios me han querido dar, al elevarme por tercera vez al cargo presidencial, una prueba de acendrado afecto, un testimonio de fraternal cariño, no puedo menos de volver la vista á este lapso de tiempo transcurrido, á este trienio en que otros, sucesores y antecesores míos á la vez, han llenado cumplidamente las funciones presidenciales, y os aseguro que no habría en este recuerdo más que complacencias, por los triunfos alcanzados por la Calasancia, si dos hechos irreparables no turbaran mi contento.

Todos los que me oís, queridos compañeros de Academia, sentís conmigo dos penas que hoy se renuevan, porque el acto lo exige. Falta aquí, no se halla entre nosotros, aquel amigo del alma, joven ejemplar, modelo de cristianos, académico sin mácula, al que ha dedicado cariñoso recuerdo

nuestro Secretario. Nuestro Carlos Francisco y Maymó, nuestro buen Maymó bajó al sepulcro cuando finalizaba el pasado curso. Feliz él que nos ha precedido en la eternidad y goza de la visión beatífica.

Otra pérdida de singular valor lloramos, y con nosotros Barcelona entera, el orbe católico todo. Nuestro Cardenal-Obispo, aquel varón justo, preclaro Príncipe de la Iglesia, Pastor de la grey barcelonesa, que nos alentaba en nuestras empresas, que había bendecido siempre y encomiado nuestra obra, que, como nosotros, era deudor de la Escuela Pía, cuyas enseñanzas recibió en este Colegio, el Cardenal Casañas tampoco es de este mundo, que Dios lo llamó para sí y le concedió la muerte del justo.

Ved, pues, que no en vano os decía que al inaugurar este curso vagaban en mi mente tristes recuerdos, que se presentan para que haga mención de ellos, á fin de que, condoliéndonos de tales pérdidas, pidamos al Señor tenga entre sus predilectos escogidos al incansable calasancio y al insigne Purpurado.

Cumplido ya, señores, lo que el recuerdo de tan excelente amigo y sapientísimo maestro exigía de mí en el día de hoy, abrid en vuestra memoria la puerta de las dulces remembranzas y dad rienda suelta al cariño filial y á la gratitud más señalada, para que así suplan vuestras ideas las imperfecciones de las palabras que pronuncie en honor de Pío X, de cuyo Pontificado quiero hablaros, siquiera sea breves momentos, para conmemorar en unión de la Iglesia Romana el Jubileo sacerdotal de nuestro Padre.

Y permitidme antes, que alce mi voz en nombre de la Academia para entonar un cántico de acción de gracias al Sumo Pontífice, que rinda á sus pies nuestros corazones henchidos de gozo, que me entregue en arrebatos de amor, que proteste una vez más de filial adhesión á las enseñanzas pontificias, porque nuestro Papa, S. S. Pío X, aca-

ba de testimoniarnos del modo más elocuente su amor de padre, su complacencia por nuestros trabajos. ¿No lo sabéis, señores académicos?, ¿aún lo ignoráis, señores míos? El hecho es demasiado grande, escapa á toda ponderación para que no os lo comunique al instante. Sabedlo: S. S., á preces de nuestro queridísimo P. Rector del Colegio y Director de la Academia, ha concedido á todos los académicos la bendición apostólica con Indulgencia plenaria para la hora de la muerte, y una bendición especial á sus familias y ha querido evidenciar palpablemente su amor hacia nosotros estampando su augusto nombre al pie del documento en que la Sede Apostólica nos atestigua tan inmenso favor. ¡Viva Pío X!

Sí, que viva nuestro Santísimo Padre para bien de la Iglesia, para bien de la Cristiandad. Porque nuestro Papa acredita una vez más la asistencia divina en la Cátedra de San Pedro, y es confirmación elocuentísima del hecho que la Historia no ha desmentido, que cada tiempo, cada edad, tienen los Pontífices apropiados á las circunstancias de la época.

Todos sabéis quién era José Sarto antes de llamarse, por la gracia de Dios, Pío X. Aquel niño, hijo de humildísimos trabajadores de Riesse, aquel Colegial del Seminario de Padua, calificado por sus maestros *ingenii maximi, memoriae summae, spei maximae,* aquel apostólico vicario de Tómbolo y párroco de Salzano, aquel incansable obispo de Mantua y ardoroso guardián de la fe en la silla patriarcal de Venecia, padre de los pobres, consuelo de los afligidos, maestro celosísimo de las divinas enseñanzas, pastor amantísimo, consejero predilecto del inmortal León XIII, fué su sucesor en la sede apostólica. La Divina Providencia, en el Sacro Cónclave de Cardenales del 3 de agosto de 1903, nos dió el Papa, nos decía nuestro llorado Cardenal Casañas, que tenía predestinado para regir y gobernar la Iglesia, y con júbilo y aplauso de todo el

Sacro Colegio fué proclamado Sumo Pontífice el sabio, santo y celosísimo Patriarca de Venecia, Cardenal Sarto, quien, en aquel mismo instante, tomó el nombre de Pío X.

¡Y cuál fué la satisfacción de todos los cardenales, añadía el nuestro queridísimo, cuando al declarar que quería llamarse Pío X, significó que le movían los ejemplos de santidad é invencible fortaleza que habían dado los Papas Píos en el siglo pasado, santificando el mundo y resistiendo á los enemigos de la Iglesia! Por manera que tenemos un Papa que desde el primer momento de su elevación al Sumo Pontificado se ha propuesto, como fin principal de su Apostolado, la santificación del mundo y la defensa de los derechos de la Iglesia, resistiendo á los enemigos de la misma aún á costa de toda clase de sacrificios.

Los hechos han confirmado, señores, la firmeza de convicciones de S. S., pues el Pontificado de Pío X se distingue por su tesón admirable, su fortaleza inquebrantable de enaltecer el Cuerpo místico de Jesucristo.

¡Pío X! ¡Pío! Has hecho honor á tu nombre, que no en vano tomaste; como el I eres piadoso y libras combates en defensa de la fe; cual el II muestras tener singularísimo talento; eres como el III reformador de la Curia romana; asombras con tus decretos, como el IV ha admirado al mundo; si el V lanzóse contra los herejes, tú anonadas y destrozas á los de tu tiempo; has sufrido desdenes y afrentas como el VI, sin que jamás desmayaras en tu misión; pobre, al igual que el VII, perseguido también por Francia, tu inflexibilidad sólo con la suya es comparable; has seguido al VIII, como batallador infatigable en defensa de la verdad contra el libertinaje, y recuerdas al IX, al Pontífice de la Inmaculada, por tus magistrales reprobaciones contra los errores modernos, y si aquél dió el *Syllabus* contra las libertades del siglo XIX, tú, venerado Padre, nos has enseñado los errores del siglo XX, estableciendo un

nuevo *Syllabus* de santa doctrina. ¡Pío X! ¡Pío! has enaltecido tu nombre augusto.

¡Portentosa labor la de nuestro Pontífice! A todo atiende, en todo está. Da la voz de alerta á los fieles, los ordena para la batalla, les da consejos para la lucha, les exhorta á la oración, les impone la acción, arremete contra los sectarios, restaura la solemnidad del culto, la majestad del canto gregoriano reorganiza las Sagradas Congregaciones, pone los primeros peldaños á la reforma del Derecho canónico, sojuzga á los díscolos, contiene las intrusiones regalistas, en una palabra, es el celoso guardián del Sacrosanto depósito cuya custodia se le ha confiado por el Señor.

No temáis, señores, que mi palabra empequeñezca labor tan admirable, obra tan prodigiosa, que bien sé que no ha sido dable jamás al tosco soldado ensalzar las glorias del capitán heroico, ni puede la avecilla seguir al águila en su vuelo; pero sí puede el soldado admirar extasiado las proezas del caudillo y solazarse el pajarillo ante la majestad de la reina de los aires. Así lo haré yo, y si mi intento no se frustra, si puede llegar á tanto mi inteligencia en alas del entusiasmo, me permitiréis que os diga cuanto pienso de Pío X, aunque pobre sea mi pensar, y no os opondréis á que, henchido de fe y amor lo exteriorice ante la colosal figura del Romano Jerarca.

Os lo he recordado ya. Quiso llamarse Pío al ser aclamado como Vicario de Cristo en la tierra, movido por los ejemplos de santidad é invencible fortaleza que habían dado los Papas de igual nombre en el pasado siglo, santificando al mundo y resistiendo á los enemigos de la Iglesia, y vedle, señores, como lo cumple.

La santificación del mundo. He aquí, señores, la primera intención de Pío X, claramente manifestada en su memorable *E supremi apostolatus,* la primera de sus encíclicas

dirigida á la cristiandad para inculcar á los fieles á la restauración de todas las cosas en Cristo, *instaurare omnia in Christo*. Nuestro Papa continúa con ello la tradición gloriosa del Pontificado, sigue la senda trazada por el incomparable León XIII, como éste fué celoso continuador de la labor de Pío IX y así hasta llegar á aquel bienaventurado Pedro que hizo de Roma la Ciudad Eterna, para que fuera la dominadora del mundo, de tal suerte que bien pudo exclamar aquel Horacio cristiano, nuestro insigne Prudencio: «Dios enseñó á los pueblos á doblegar su cabeza bajo una ley única, á ser todos romanos, así los que habitan cerca del Rhin y del Danubio, del Elba, de profundo cauce y del Tajo, de arenas de oro, como aquéllos cuyas ciudades atraviesa el Po ó cuyas campiñas fecunda el Nilo, de aguas templadas, antes de perderse por sus siete bocas. Un derecho igual les hace iguales á todos, un mismo nombre los enlaza á todos, la cadena que aseguraba su obediencia se ha convertido en lazo paternal... He aquí lo que han producido las victorias y trabajos del Imperio Romano... Roma y la paz son los dos lazos del Universo que se confunden en uno solo. ¡Oh Cristo! Tú no permites la dominación de Roma sin paz, y para que la paz te plazca es preciso que llegue bajo la égida de Roma, que sabe gobernar como sabe vencer».

Y esta paz es la que busca Pío X, la paz en Cristo, y nos la asegura mediante la restauración de todas las cosas en Cristo, no en las vanas tentativas de los que se asocian y se agrupan para formar lo que llaman partido del orden, cuando partido del orden no hay más que uno, el de Dios, que es el que hay que promover, y cuantos así no lo hagan, cuantos pretendan desterrar, olvidar ó prescindir de Dios en sus actos, y programas políticos para no malbaratar su unión, en solidaridad con los enemigos de la Iglesia, se apartan de la verdadera senda. La restauración de todas las

cosas en Cristo, bien claro nos lo dice Pío X en su primera encíclica, debe obtenerse, devolviendo la sociedad humana, extraviada lejos de la sabiduría de Cristo, á la obediencia de la Iglesia; restableciendo en su antiguo esplendor las leyes santísimas y los consejos del Evangelio; proclamando muy alto las verdades enseñadas por la Iglesia acerca de la santidad del Matrimonio, la educación de la infancia, la posesión y el uso de los bienes temporales, los deberes de los que administran lo cosa pública, restablecer, en un palabra, el justo equilibrio entre las diversas clases de la sociedad, según las leyes y las instituciones cristianas.

Tales son los principios que Pío X nos dijo se proponía aplicar durante su Pontificado, y á dicho fin han tendido todos sus actos y nos pide á todos acción y oración.

Deber nuestro es encender en nuestros hermanos el fuego divino; pero no es ello posible si la llama no abrasa nuestros corazones, y, bien lo sabéis los que me escucháis, que el sacro fuego se aviva en nosotros cuando en nosotros tenemos al Señor.

No pueden comprender los protestantes la santidad del alma, la divina unción de nuestro espíritu, los efluvios de amor que salen de nuestro corazón, los ardorosos sentimientos que se nos apoderan, cuando recibimos el Sagrado Cuerpo del Redentor del mundo. ¡Admirable institución la de la Eucaristía! Ella sola bastara para reconocer la divinidad de su Institutor. Cuando el cristiano, purificado ante el Tribunal de la Penitencia, se acerca al altar para recibir el Pan de los Angeles, es otro hombre el que siente en su interior, y este nuevo hombre es capaz de los mayores sacrificios, de las más grandes empresas. ¿Será preciso que os mencione lo que la Historia nos dice? ¿No recordáis en estos instantes aquellos mártires que lo fueron en honor del Santísimo Sacramento? ¿Olvidáis acaso que las más grandes victorias de nuestros ejércitos han sido obtenidas des-

pués de haber recibido nuestros soldados al Dios del Amor? ¿Qué os dicen Navas de Tolosa y Valencia, Granada y Sevilla, Fernando III y Felipe II?

A la Eucaristía quiere Pío X que acudamos para fortalecernos, para santificar al mundo, y por esto recomienda en su Decreto, *Sacra Tridentina,* la Comunión frecuente ó diaria, para que vivamos cautivos del amor de Jesús y nos confortemos con él para la acción.

Y esta acción que á todos nos obliga, no la alcanzaremos sin una previa y deliberada preparación. ¿Cómo podrá el católico defender la doctrina de la Iglesia si la desconoce? ¿Cómo podrá difundir los deberes y derechos del Cristiano si los ignora? A su conocimiento tiende otra admirable encíclica, *Acerbo nimis* en la que entona un himno entusiasta á las excelencias del Catecismo, cuyo desconocimiento origina la depresión y debilidad de las almas y lleva como cortejo todos los males. El Catecismo es admirable Código para pobres y ricos,sabios é ignorantes, gobernantes y gobernados; los de arriba aprenden en él á ser humildes, los de abajo á ser obedientes; los ricos á ser caritativos, los pobres á conformarse; los sabios hallan ciencia, los ignorantes encuentran doctrina; á los gobernantes les obliga á cumplir con la ley divina para que los gobernados obedezcan las humanas, y así todos, los que son directores y los que son dirigidos, caminan seguros y sin tropiezo en el proceloso mar de la vida, alentados y fortalecidos por la Caridad.

Si el Catecismo fuera de todos conocido y meditado, ¡qué males no se evitarían! Ya nos lo dice Pío X. ¡Cuántos son hostiles á Jesucristo y tienen horror á la Iglesia y al Evangelio más por ignorancia que por malicia! En las clases humildes, en las desheredadas se nota la ausencia de la instrucción religiosa y por esto se desencadenan las pasiones, bullen los bestiales apetitos, se esparce el odio, se predica el terror, y el anarquismo anda suelto porque no hay

quien lo ataje. Pero ¡ay, señores! que el anarquismo existe más temible en las clases superiores de la sociedad, es una anarquía mansa, hipócrita, solapada; pero que daña, que emponzoña, que envenena. Olvida el potentado las eternas verdades para así poder estrujar al pobre, ignora éste sus deberes y no quiere más que derechos; pregona el sabio el divorcio entre la Ciencia y la Fe, y la razón se alza soberana y reproduce el *non serviam* que arrojó al infierno á los ángeles rebeldes; y este endiosamiento de la razón sin freno, con un libertinaje rayano en locura, hace que los Estados se aparten de Dios, que los hombres no reconozcan superior alguno, que el egoísmo y la rebeldía reinen en la sociedad, y este espíritu de rebelión es el que domina alentado por una prensa descocada, que pervierte á la humanidad y en la cual tienen cabida toda clase de enormidades.

Y pláceme en este punto hacer constar que el Pontífice reinante se ha preocupado siempre de la cuestión social, la cuestión magna de nuestros días. ¿Y cómo no, si él procura en su ministerio sacerdotal aplicar aquellas inmortales enseñanzas de su incomparable predecesor León XIII? Pío X, ejerciendo apostólica misión con paternal cuidado, señala á todos los deberes que hemos de cumplir para que desaparezca el divorcio existente entre el capital y el trabajo, cuyos conflictos sólo es dable resolver á la caridad, y así, enamorado de la doctrina qne el Papa de los obreros derramó á manos llenas en sus luminosas encíclicas *Quod Apostolici muneris, Rerum novarum* y *Graves de communi,* la compendia en sus diez y nueve reglas para la acción popular cristiana, que integran el *Motu proprio* de 1903, y que viene á ser como la tabla de leyes y preceptos á que debemos sujetarnos los católicos en la propaganda de la verdad, lo que podríamos llamar constitución social de los Estados.

¡Qué bienandanza, cuánta dicha, cuál no sería la paz

del mundo si tuvieran constante aplicación! Si la desigualdad es necesaria en la sociedad humana, si la variedad se impone para que con la unidad se produzca la harmonía, si es de ley divina que haya príncipes y súbditos, patronos y proletarios, ricos y pobres, instruídos é ignorantes, nobles y plebeyos, los cuales, unidos todos con vínculos de amor, se ayuden á vivir; hay en unos y otros obligaciones de justicia y de caridad, y así lo son de justicia para el proletariado prestar entero y fielmente el trabajo pactado; no dañar á la hacienda y persona de los patronos y abstenerse de actos violentos; y para el capitalista pagar lo justo á los operarios; no perjudicar sus ahorros ni con violencia, ni con frialdad, ni con usura; darles su libertad para cumplir con los deberes religiosos y no exponerlos á seducciones corruptoras y á los peligros de escándalo; no apartarlos del amor á la familia y al ahorro; no imponerles trabajos desproporcionados á sus fuerzas ó mal avenidos con la edad ó con el sexo... ¡Hermosa doctrina de paz social! ¡Si todos la siguieran, cuántas lágrimas dejarían de derramarse, cuántas vejaciones no se evitarían, cómo andaría vagando la justicia humana! Porque la justicia, atributo excelso, virtud sublime, el poder más grande del Estado, en cuanto á su esencia y virtualidad, sólo entra en funciones cuando la caridad ha desaparecido, cuando ha sido arrinconada, cuando su aroma purísimo ha dejado de ser el alimento espiritual del alma.

Y á esta caridad nos cita Pío X, el que es todo caridad, porque el *ignis ardens*, que es su lema, tiene embalsamado y embriagado todo su ser.

Pero la caridad no es virtud que se anonada, no es pasión que entibie la firmeza, antes al contrario, la caridad exige á la justicia el imperio de la ley, la misericordia no es término contradictorio de la fortaleza. Vedlo sino en nuestro Papa. Nadie le vence en caridad, nadie le iguala

en fortaleza. Con caridad ha llamado á los díscolos para que no se apartaran del buen camino; con caridad ha querido conducir al redil á las ovejas descarriadas; con amor de padre ha llamado á los hijos; pero los díscolos se han mostrado sordos, los descarriados no le han querido oir, los pródigos no han deseado volver á la casa paterna, y entonces por caridad ha tenido que apelar á la justicia, y con firmeza de ánimo ha tenido que desenmascarar á los rebeldes. Ahí están para gloria de Pío X su imperecedera encíclica *Pascendi,* y su inmortal decreto *Lamentabili sane*, en el que, condenando el modernismo, ha establecido el *Syllabus* del siglo XX.

La mansedumbre de León XIII, la energía de Pío IX, se confunden en la humildad y entereza de Pío X. El Pontífice de la Inmaculada sentó la tesis; fijó lo absoluto: el Papa de los obreros se valió de la conciliación ó hipótesis: el Pontífice de la Eucaristía ha formulado la síntesis. Pío IX, ante los desvaríos de la Revolución, tuvo que retarla y aniquilar su liberalismo, y por esto formuló el sublime *Syllabus* del siglo XIX, para que los católicos no se dejaran seducir por los halagadores cantos de la sirena impía; León XIII pudo ser conciliador y realizó una política de expansión; Pío X tiene que ser enérgico y tolerante. ¿Hay contradicción entre ellos? Los calumniadores, los volterianos, los enemigos de Dios, los contrarios á la Iglesia, propagan tamaña enormidad, verdadera herejía, blasfemia execrable, que me creo en el deber de recoger para confusión de los impostores. Pero, ¡qué digo! recogeríala si no fueseis vosotros los que me escucháis, que vosotros, mejor que yo, sabéis confundir á los heresiarcas modernos, mostrándoles la vida excelsa de la Iglesia de Cristo, pasando la vista por las áureas páginas de cada Pontificado, para mostrar que desde aquel humilde pescador que ciñó por vez primera la tiara pontificia, hasta el hijo del pueblo

cuya frente corona con ella, ha habido en el Pontificado la más admirable unidad, aun cuando hayan sido distintos los procedimientos. Locura sería pedir á un León, el Magno, que se encerrara en las catacumbas para exhortar á los fieles y fortalecerles en la fe; temeridad grande habría si exigiéramos á un Gregorio VII que sólo en la oración fiase para vencer al Imperio en sus injustas pretensiones; ridícula resultara la censura á Pío V porque lanzó la cristiandad á Lepanto para derrocar el poder musulmán; anacrónica pretensión habría al pedir á Gregorio el Magno, lo que hizo León X; irrisoria crítica saldría si se quisiera mirar á los Papas de los tres primeros siglos de la Iglesia bajo el mismo prisma que á los de aquella edad de oro, de esplendor, de grandeza del Pontificado, que llega hasta el siglo XIII, como á los que sufrieron el cautiverio en Avignon, y los que tuvieron que luchar con islamitas y protestantes, al igual que los de los tiempos modernos.

¿Acaso la Iglesia no es humana? ¿Son ángeles ú hombres los fieles y sus pastores? La divinidad de la Iglesia de Cristo se harmoniza perfectamente con su aspecto humano, esencialísimo para cumplir su fin, cual es, conducir al hombre á la vida eterna, y por ello, bajo la inconmovible unidad, invariabilidad y perpetuidad de la Iglesia, que, son su granítico cimiento, se halla sujeta á las variaciones accidentales de lugar y tiempo, pues no son todos los mismos, ni son iguales las necesidades de todas las épocas. Por esto, señores, la misión augusta del Pontificado es única en su esencia, pero varia en sus procedimientos, y de aquí que cada Sumo Pontífice tenga una característica bien marcada que lo diferencia de los demás, mientras el mismo é idéntico espíritu se observa en todos.

Este espíritu de santificación del mundo es el que anima á Pío X, y para ello tiene que arremeter contra los enemigos de la Iglesia con energía, con fortaleza, para que

los sacrosantos derechos de ésta se conserven incólumes. Y aquí tenéis, señores, otro aspecto de la labor prodigiosa de Pío X. Sus predecesores tuvieron que dar la voz de alerta contra la mal llamada civilización moderna, y nuestro Papa ha tenido que oponer fuerte muro á los modernistas, esos enemigos de la Iglesia que traman su ruina, no desde fuera, sino desde dentro, en sus mismas entrañas y en sus mismas venas, aplicando la segur, no á las ramas, ni tampoco á los débiles renuevos, sino á la raíz misma, esto es, á la fe. A esta secta infernal que no es una herejía, sino el resumen y el veneno de todas las herejías, ha tenido que dirigir sus certeras armas el actual Pontífice. Para estos nuevos sectarios, la Sagrada Escritura no es la fuente segura de todas las verdades que pertenecen á la fe, sino un libro ordinario; para ellos la inspiración se limita á las doctrinas dogmáticas, tomadas según su idea, y sostienen que la Iglesia será la adoradora legítima de la Biblia, pero sujetándose á las leyes de la crítica histórica, porque para ellos la ciencia lo es todo; resucitan, en una palabra, y resumen en una nueva secta, las exaltaciones protestantes del libre examen y el endiosamiento de la razón de los revolucionarios enciclopedistas del siglo XVIII.

Y ahí tenéis al Santo Padre, custodio de la fe, vigilante guarda de la verdad, restableciendo la verdadera doctrina, sepultando en el polvo tan infernales conclusiones. Ya no pueden los católicos titubear, Roma ha hablado y la verdad ha resplandecido de nuevo.

Pero no sólo Pío X ha tenido que luchar con estos enemigos hipócritas y solapados, sino que ha amargado sus días una pena intensa que ha lacerado su corazón. Francia, aquella nación que tuvo en Carlo Magno el defensor más ardiente de la Iglesia, la patria de Clodoveo, la nación de Juana de Arco se ha dejado ser presa de las sectas masóni-

cas, separándose de la Santa Sede, apartándose de Dios. Es de nuestros tiempos el hecho y recientes son las vejaciones, atropellos y sacrilegios habidos en la nación vecina, en la que se han arrebatado los bienes á la Iglesia, se han expulsado á las Ordenes religiosas, se ha pretendido producir un cisma, se ha negado á los pobres la caridad evangélica y se ha perseguido á los fieles. Y en medio de este espantoso huracán que la revolución ha desatado en Francia contra la Iglesia, se levanta irradiante de luz la colosal figura de Pío X, repitiendo sin cesar *Non possumus*, *Non possumus*, sosteniendo con tesón los fueros de la verdad, y proclamando bien alto los intangibles derechos de la Iglesia. Y Francia mira al Papado, y extática contempla su fortaleza, y si por un lado èsto exaspera más á la fiera, por otro en ella se confortan y animan pastores y fieles, y dan hermoso y conmovedor ejemplo de unidad de miras y de aspiraciones para salvar la fe, y con ella los derechos sacrosantos de la Religión.

¡Quién sabe si la Providencia ha dispuesto que la desgracia se cerniese sobre Francia en castigo de haber desoído los católicos franceses la voz de León XIII. Uníos, dejad banderías parciales, andad juntos á la defensa de la fe, laborad por la Religión, les decía continuamente el inmortal Pontífice, como si preveyese el fin desastroso. Y los católicos no le escuchaban, y los sectarios, los perseguidores cada día ganaban más terreno... Hoy lloran aquéllos lo que no supieron evitar. ¡Que el Cielo acoja benigno sus lágrimas para que Pío X pueda volver á ver sumisa á la Iglesia la nación que antes fué su hija primogénita, y ahora es su predilecta por la desgracia que la azota! ¡Quiera el Señor no castigarnos á nosotros porque aún no andamos unidos, á pesar de que ello es necesario! ¡Católica España, mira tu hermana la nación francesa! ¡Católicos españoles, unámonos para oponernos á los sectarios de nuestra nación que á veces nos gobiernan!

No he terminado aún el estudio del Pontificado de Pío X, pero desfallecen mis fuerzas ante el intento que me había propuesto y que no he logrado. Permitid, pues, señores, que me retire apesadumbrado de no haber cumplido con vosotros como debía. Suplid lo que me falta: admirad á Pío X como un nuevo Gregorio VII, que pretende reformar el Derecho canónico; contempladle, al igual que aquel Gregorio el Magno, quien, sin dejar de combatir con caridad las herejías, restauraba el culto católico y ponía á contribución las divinas artes para honrar á Dios; vedle, cual León X, luchar contra la impiedad, y acompañadme en peregrinación espiritual á Roma para testimoniar al sublime preso del Vaticano la firme é incondicional adhesión de la *Academia Calasancia* á las enseñanzas del Pontificado, y la sumisión inquebrantable á la persona del Pontífice.

El acto que estamos realizando no es más que un episodio de nuestra historia, siempre pontificia; de suerte que la adhesión de hoy á Pío X, no es más que una continuación de nuestra unión con Roma. Si así no lo hiciéramos, dejaríamos de ser calasancios.

Hoy más que nunca debemos ser pontificios, señores académicos, que Pío X á ello nos obliga con la distinción recibida; pensad cuál es nuestra misión, qué quiso que fuéramos nuestro inolvidable fundador, el sapientísimo P. Eduardo Llanas, escolapio, cuya memoria hemos honrado esta mañana; recordad nuestro lema; fijaos en nuestros maestros, los beneméritos PP. Escolapios, y ved si no es en Roma donde hemos de hallar la fuente de doctrina, la fe en nuestras empresas, el entusiasmo que sentimos por nuestra obra.

Ved que allá, á orillas del Tíber, se levanta un palacio y un templo, hacia los cuales tienen siempre fijas sus miradas pueblos y naciones, hombres de todos los países, individuos de toda condición y estado; en el templo, su cripta, donde las lámparas jamás se extinguen, reposa el cuerpo

martirizado del primer Rey de la Ciudad Eterna, del primer Vicario de Cristo en la Tierra; en el palacio mora su actual sucesor, ligado á aquél por una serie no interrumpida de Pontífices. Aquella augusta dinastía ha visto desplomarse reinos, sucumbir Estados, derrocarse tronos, levantarse y sepultarse dinastías, y sobre todas ellas ha permanecido incólume la de los Papas. Ante los muros del Vaticano se han aprestado toda clase de ejércitos, se han colocado las máquinas de guerra más temibles, se ha pretendido socavar los cimientos del mismo, pero al grito de *Non praevalebunt*, los ejércitos han sido destruídos, las máquinas de guerra se han vuelto contra los que las empleaban, los fundamentos del edificio se han consolidado más y más. Y es porque en Roma hay el asiento de la Verdad; la Cátedra del Espíritu Santo, que nos enseña; la nave vieja y siempre joven, cuyo timón dirige el Soberano Pontífice, cuya doctrina es la manifestación de lo que quiere Dios.

Por ser así, han acudido á Roma, en los pasados días, representaciones de todas las partes del mundo, y el amor ha depositado á los pies del Sumo Pontífice millares de corazones. Los nuestros no han faltado para celebrar con Pío X su Jubileo sacerdotal, y hoy, al conmemorarlo de nuevo, á sus pies nos postramos para protestar firmísimamente que nuestra acción será siempre la que la Iglesia nos mande.

No desmintáis mis palabras, señores académicos. En vosotros fío, y si habéis querido que una vez más vuestro caudillo fuera, seguidme en la empresa de continuar escribiendo nuestra historia en medio de palmas y laureles alcanzados con rudo trabajo. A laborar, pues, que el presente curso no puede empezar con mejores auspicios. En la prensa y en la tribuna, en la familia y en la sociedad, en el orden doméstico y en la vida pública, continuad la meritísima labor de los compañeros que os han precedido y de los que

se enorgullece la Calasancia. Sed mensajeros de paz, apologistas de la verdad, martillos contra el error, impugnadores de la impiedad, defensores de la fe, que así se lo ofrece y promete en vuestro nombre al soberano Rey de la Roma cristiana, quien quisiera poderle arrancar de la prisión en que gime, aun cuando en ello dejara la vida.

HE DICHO.

De la Unidad Italiana

Composición literaria por el académico de número

D. Joaquín Le Monnier y Balta

LA historia, que en las lentas vicisitudes de una civilización normal y progresiva nos ha hecho ver la adquisición creciente de la libertad, estrella polar que puede ser velada por las nubes, pero que no se pone jamás, nos ha prevenido contra los innovadores que con empirismo ciego se abandonan sin medida á lo que hacen y aceptan los acontecimientos, sin juzgarlos y sin conocer su extensión. Las repetidas vicisitudes han obligado á raciocinar, á distinguir lo bueno de lo posible, á elevar la voluntad á los sacrificios, á no reconocer virtud sin fatiga, ni religión sin abnegación.

La historia nos ha mostrado que las innovaciones trastornadoras de las ideas, de los hábitos, de las costumbres, de las opiniones, son inútiles; que los sistemas más puros y rígidos se despedazan; que todas las personas que del Cristianismo acá han hecho revoluciones ó sistemas, creyendo haber alcanzado lo mejor, han reconocido su engaño al día siguiente, y la siguiente generación ha vilipendiado á aquéllos que generosamente se habían dedicado á prepararle su bien; que no llega á madurar sino aquello que fué dispuesto lentamente y se ha convertido en general deseo; que las espe-

culaciones hermosas, pero inaplicables, consiguen únicamente sumir en aquella desesperación que disgusta hasta de las reformas necesarias. No á los creyentes, no á nosotros. Nosotros veneramos los principios que se anticipan con mucho á los hechos y mejor aún á las costumbres, nosotros dando gracias á nuestros padres, creeríamos pereza el pensar que han andado todo el camino, cuando rompiendo tantas barreras sólo nos han mostrado la posibilidad de adelantar en él. ¡Feliz el que sabe asociar la conservación que mantiene la vida con el progreso que le infunde vigor, que conoce que las ventajas de mejorar no están exentas del peligro de innovar, que ve que el aspirar á lo útil es un hecho general y sin embargo no pretende erigirlo en doctrina; por último que aspira á la solución del problema supremo de lograr que se prefiera el interés común al individual!

Verdad, libertad, progreso, son su deseo; pero comprende que la verdad se bebe en una sola fuente, que la libertad consiste en poder, con el entero uso de las facultades activas, perfeccionar la existencia propia y la universal y el progreso en efectuar la igualdad, en la caridad recíproca, en el respeto á todos los hombres, en la fraternidad esperada en un sólo redil.

Al que está en una nave agitada por la tormenta, se le figura que los astros suben y bajan; y sin embargo sabe que no se mueven; ve la brújula ondular, y sin embargo le consta que siempre se dirige hacia el Polo. Así el hombre honrado, cuyas ideas han sido sometidas á la prueba de la contradicción, huye de la gloria, si á ella va anexa el despotismo, como del reposo, si le falta dignidad; examina las obras de los varones ilustres con un reconocimiento que no le lleva hasta la adulación, con una veracidad que no puede llamarse ingratitud. Revestido de aquella constancia, que es la mejor protesta contra el materialismo, no pasa de los proyectos más orgullosos á una crédula desesperación,

pues que sabe que las grandes cosas se realizan lentamente; funda el porvenir en las costumbres y en los sentimientos actuales y no quiere segregar lo bueno de lo bello y de lo verdadero, persuadido de que no hay que separar lo creado de su causa. Siente los males, y con todo no blasfema, no se deja llevar por los sentimientos y molestias de un bien mal invocado, porque sabe que lo que debe constituir la fuerza y el honor de una época empieza por formar su miseria: en los escritos se propone despertar el sentimiento eficaz de la dignidad humana y de la santidad de la vida social y se hace heraldo de la fraternidad, de la fe, de la universal asociación que los afectos, las doctrinas, la actividad dirigen con orden, calma, benevolencia, á conseguir la elevación del pensamiento, de los caracteres ó de las costumbres, y en el acuerdo del derecho y del deber, prepara á los pueblos al jubileo de la paz, á la pascua del porvenir.

He aquí, señores, sintetizada en la figura de este varón ideal, la gigantesca de los Papas, que mientras la Historia, en sus más memorables páginas nos muestra todas aquellas revoluciones que han proporcionado á la humanidad elementos para que siga tejiendo primorosamente la filigranada red de su existencia, ellos, ante el flujo y reflujo de los acontecimientos humanos, si ven vacilar á uno de esos pueblos que son naturalmente cristianos, como diría Tertuliano, en el bajel de la duda, azotado por el huracán, en una noche tormentosa, mientras hierven espesas y rugientes en su rededor las olas, no son ciertamente ellos los que le lanzan desde el peñón de la costa el cañonazo de la injuria, antes al contrario se arrojan á las aguas con la Cruz en la mano, y procuran salvarle del naufragio, atrayéndole amorosamente á la playa de la verdad á que reciba el calor y la luz de la Fe.

A ellos ha pretendido el poder moderno reducirlos á polvo; á ellos que brillaron con Roma y con cuyas reglas primiti-

vas aprendió el hombre la Carta-magna del trabajo libre. Como si en estos tiempos en que el egoísmo es rey y el sacrificio un proscripto, no fuera preciso que sobre el sarcófago de hielo que envuelve el corazón de las sociedades modernas, faltas de fe y huérfanas de caridad, cuando parece que la historia vuelve por aquel período glacial porque pasó la geología del planeta, no fuera necesario que apareciesen hombres de almas grandes, acostumbrados á dominar con voluntad soberana los instintos y los ímpetus de la materia, para presentarse ante las multitudes enloquecidas por el vino de la impiedad, y demostrarles, con la elocuencia de la virtud y del ejemplo, que hay algo más que esta materia que pisamos, que se convierte en polvo, que es necesario poner debajo de una losa para que no la arrastre el viento, el espíritu inmortal que pasa por encima del sepulcro, que es la puerta de la eternidad y no la frontera de la nada.

Las ideas fascinan tanto más cuanto más sencillas parecen, porque se encuentran indicadas por una sola palabra; y así este nobilísimo pensamiento de la racionalidad, que surge en pueblos solamente cuando las desventuras han hecho sentir la solidaridad de todos los desventurados, se aumentó grandemente entre los de la Europa Occidental para los cuales representa el término de su condición servil y la completa adquisición de sus derechos políticos. Si fué sangriento su origen en otras partes, en Italia nació bajo faustos auspicios.

Llamada á la unidad esta nación, por su situación bien marcada y por la Religión que en ella tiene su centro, han ocasionado el aislamiento de sus partes, las bellezas de todas, la conformación geográfica del terreno, el no haberla dominado por completo ningún conquistador, como los Francos en las Galias y los Normandos en Inglaterra. No es que esto la perjudicase, antes bien, la época más espléndida para ella fué cuando ninguna ciudad dominaba sobre las otras, sin-

tiéndose cada cual, por su riqueza en terrenos, en comercio y en doctrina, con bastante inteligencia para erigirse en capital. La nacionalidad terminaba pues en el término de cada pueblo. Génova no experimentaba la necesidad de unirse á Nápoles; Milán nada quería de Roma. Las guerras de Venecia contra Florencia, de Toscana contra Sicilia, no eran consideradas como civiles; de la misma manera que las que hubo entre Francia y Borgoña, Castilla y Aragón.

Pero como la presión reune y amalgama cosas inconexas, así, bajo el yugo extranjero, Italia conoció la unidad; la conoció en el idioma, en la literatura, supremamente nacional ya desde el Dante y en la cual el nombre de Italia vivió aun después que la espada la hubo borrado de los tratados diplomáticos.

Este sentimiento, sinembargo, permanecía circunscrito á las clases cultas, y aun entre éstas no repugnaba la dominación extranjera, contra la cual apenas se encuentra un lamento en los escritores del siglo XVIII, merced á los gobiernos de aquella época, que respetando las formas históricas, dejaban ancho campo á la acción de los cuerpos municipales y provinciales, lo cual hacía que muchos tuviesen cierta parte de autoridad y la noble complacencia de trabajar por el bien de su país.

Bonaparte proclamó que no serían ni alemanes, ni franceses, sino italianos; pero después los trocó, los vendió, y aunque formó un reino de Italia, lo compuso de pocas provincias y lo formó á la francesa. A su caída, esperó Italia que los aliados le darían la existencia propia, ya que habían triunfado del tirano en nombre de la libertad y de la independencia; pero repartiéronse sus despojos entre ellas y los antiguos señores; y la Lombardía arreglada, no fundida, con Venecia, fué regalada al Austria como conquista y sin condiciones.

De este modo, el despotismo, cosa nueva, se estableció en Italia, y por consiguiente el odio á los gobiernos,

los cuales concentrando en sí toda clase de actividad, tomaban la responsabildad de los males que sufriera el pueblo y se exponían al choque de todas las exigencias, aún las más exajeradas.

Pero las potencias liberales, las altruístas, las informadas por aquel espíritu liberal con que lucharon para abatir el absolutismo, cuando vieron que las porciones de Italia que por la repartición—cosa que nada tiene de liberal—les correspondía, se agitaban para volverse á sentir dueñas de sí mismas, no vacilaron en dirigir sus más fuertes descargas á las clases directoras, pues anuladas éstas el pueblo no discurriría sobre sus sentimientos.

Y así fué en efecto, pocos fueron los que discurrieron sobre ellos; los más los reciben de la educación, de la moda y de las costumbres. La mayor parte preguntados en qué consiste el liberalismo hubieran contestado: «en el odio al extranjero». Pero prescindiendo de que este sentimiento negativo no bastaba para caracterizar una actividad, era comunismo, y por lo tanto, no tenía relación con la libertad verdadera, antes bien desviaba de su estudio, haciendo que los italianos se contentasen con la befa, con habituarse á despreciar, á eludir la ley, creyendo hombre honrado á todo el que hacía la oposición al gobierno, ya fuese sufriendo veinte años de condena, ya silbando á una bailarina.

De aquí, señores, que tales ideas, que fueron infiltradas y que germinaron en el pueblo, alentadas naturalmente por una fuerza contraria á la Religión, que era el único valladar que se oponía á aquellos designios, hubieran de sobreponerse con mayor descaro á las originales, y peligrando por entonces la paz de Europa, fué idea que adquirió gran valor entre las del continente procurar dar á la Italia una unidad favoreciendo al Soberano que más dominios tuviera en ella y que más favorable fuera á los hijos de la Revolución, y por esto descartaron al Papa, que por otra parte no sintió entonces

las simpatías que hubieran debido proporcionarle las naciones católicas del continente.

He aquí el carácter distintivo de esta unidad; el odio á la Iglesia, el sectarismo masónico ¿Cuál fué la actitud del Pontificado en aquella angustiosa situación? Arrebatado de sus manos el poder temporal, la grandiosa frase «mi reino no es de este mundo» impidió á las sectas seguir en su infernal camino. El Papa se limitó á la protesta. La doctrina de Cristo, toda amor, toda concordia, vela sobre la desgraciada Italia como sobre todo el mundo; pero una revolución que ha de llevarle el castigo, castigo que se extenderá sobre los demás pueblos latinos, pero detrás de la cual resplandecerá espléndida la aurora de la libertad, ya se avecina en los horizontes del planeta; mirad sino la influencia de este elemento sectarista en la historia del mundo; cuando se entroniza en las alturas del Estado produce la disgregación de los reinos. Por eso Inglaterra permanece separada por una muralla de odios de Irlanda católica. Por eso la República anglosajona ha tenido que adoptar, para subsistir, la forma federativa, y aquéllos que creen que los Estados latinos están sustraídos á esta ley se equivocan grandemente. No se han fraccionado todavía en Estados diversos, pero los partidos políticos se han organizado en ellos como escuelas opuestas que luchan encarnizadamente para el goce del mando, y cuando la diferencia que les separa se ahonde llegará un momento en que al pasar por las cimas del poder irán, unos con sus afirmaciones radicales, otros con sus negaciones conservadoras, destruyéndose mutuamente, desfilando como la procesión fúnebre de la anarquía, que concluirá por llevar á los pueblos por las pendientes de la disolución á morir deshechas entre las garras de algún conquistador.

Esa revolución que se prepara, no son los profetas del campo católico, no son ni Donoso, ni De Maistre quienes la anuncian, es un poeta escéptico, un poeta que lleva ya

infiltradas en su alma todas las iras semitas y que las arrojó en sus versos maravillosos, de forma helénica, que muchas veces dirigió contra la Iglesia, Enrique Heine, que después de haber dicho que vienen tiempos rojos y ateos, el que haya de escribir el nuevo Apocalipsis tendrá que buscar animales simbólicos nuevos, porque no sirven los antiguos para representar las visiones que se preparan, añadía casi textualmente: Reíos hoy del poeta, pero pensad en lo que se ha realizado en el orden de las ideas, porque las ideas preceden á la acción como el relámpago al trueno, y finalmente añade: si veis algunos hombres que disputan, no temáis, ésos no son más que unos gozquecillos que ladran y que cambian algunas dentelladas; después vendrán los terribles gladiadores que lucharán á muerte.

¿En qué período nos encontramos ahora? En el de las ideas, y voy á poneros, para terminar y usando ideas que no son mías, en presencia de dos grandes hechos que nunca con igual relieve se ven en la Historia. Por un lado los partidos políticos, que avanzan uniformemente contra la Iglesia para recortar algunas orlas de su manto, para cercenar alguno de sus derechos, para ultrajarla; y por otro lado los partidos revolucionarios, que han sacado ya la consecuencia de los principios de estos políticos, y que forman la ola socialista que se extiende por los horizontes de la sociedad contemporánea, y la ola anarquista, más alta, más extensa, más negra aún, que avanza y empuja á la ola socialista. ¿Y quién avanza más, los partidos eclécticos ó doctrinarios contra la Iglesia, ó los partidos revolucionarios socialista y anarquista contra estos mismos políticos y contra los restos de la antigüedad? Basta observar el cuadro. Son como una asamblea bizantina de legistas que están disputando sobre quién llegará antes y con más encono á destruir el edificio supremo de la Iglesia. Uno dice: ¡yo quisiera penetrar en el templo! Otro dice: ¡yo quisiera derribar las columnas, los capiteles

y las puertas! los de más acá exclaman ¡arranquemos el crucifijo! los otros gritan ¡partiremos el ara santa! y mientras están así disputando acerca del grado de opresión á que someterán la Iglesia, acerca del grado de tiranía que impondrán al pueblo creyente, hay una ola negra que avanza, que va socavando el edificio, que va minando la roca que le sirve de cimiento, desplomándose el edificio, hecho pedazos y sepultando entre sus escombros á estos sofistas y leguleyos que en la hora suprema de la anarquía social han pretendido contener las iras del proletariado arrojándole, como vil piltrafa, los derechos y las prerrogativas de la Patria y de la Iglesia.

HE DICHO.

La Barca de San Pedro

Entre el rugido de la mar bravía
Barquilla endeble va cruzando el mar;
La azotan fuertes olas noche y día,
La tempestad la agita sin cesar.
Horribles monstruos de figura extraña,
En torno suyo van en confusión;
Toman la barca como débil caña,
Para romperle velas y timón.
La empujan con furioso movimiento;
Ábrenle alrededor abismos cien;
En torno suyo desatando al viento
Dan á la barca rápido vaivén.
Agítanse en confuso torbellino;
Y mientras en su vórtice ven ya
Al bajel, obscurecen el camino
Al marinero que bogando va.
Levántanse las olas encrespadas
Y saltan por encima del bajel:
Diríase que en su fondo están cerradas
Las furias que atormentan á Luzbel.
El rayo en los espacios centellea,
La barca cruza aterrador veloz,

El trueno formidable traquetea
Y sigue en su bramido el mar feroz.
Luchando van los elementos todos,
Cual luchan en el cráter de un volcán
Los gases combinados de mil modos,
Contra el bajel que azota el huracán.
En alta mar, tan lejos de la orilla,
En medio de tan ruda tempestad
¿Podrá llegar á puerto la barquilla?
¿Quién prestará socorro á su orfandad?
Jesús.... su luz, su celestial Maestro,
Que es la Barca de Pedro el Pescador,
Es Pío décimo el Piloto diestro,
Que á puerto la conduce triunfador.
Furiosas pueden rebramar con ira,
Las olas que levanta el huracán,
Impávido el Pontífice las mira.
Las olas á sus pies se estrellarán.
Ya puede turbulento el torbellino,
Abrir sus fauces de infernal mastín.
La Barca seguirá triunfal camino,
Hasta llegar al anhelado fin.
Ante la Cruz, los trasgos que envenenan
El aire, pierden su hálito infernal;
Ante la Cruz los rayos se encadenan;
Ante la Cruz amaina el temporal.
Mirad como la blanca cabellera
De la ola enfurecida en alto mar
Humíllase, sembrando en la carrera
De aquel bajel guirnaldas de azahar.
Mirad cuan bello el horizonte abarca
Del alto cielo un haz de clara luz,
Para alumbrar el mástil de la Barca,
Donde fulgura del Señor la Cruz.
Ante la Cruz, la escuadra que triunfara
Con cien cañones y torpedos mil
Se hunde en el abismo si dispara
Contra la Barca un solo proyectil.
Es la Barca potente sin cañones,
Veloce sin la fuerza del vapor,
La Barca que conduce corazones,
La Barca de San Pedro Pescador.

JAVIER SANTAEUGENIA CIVIT, Sch. P.

Un bon fill

LEMA: Sicut qui thesaurizat,
ita et qui honorificat matrem.
(*Eccli.*, *III*, 5).

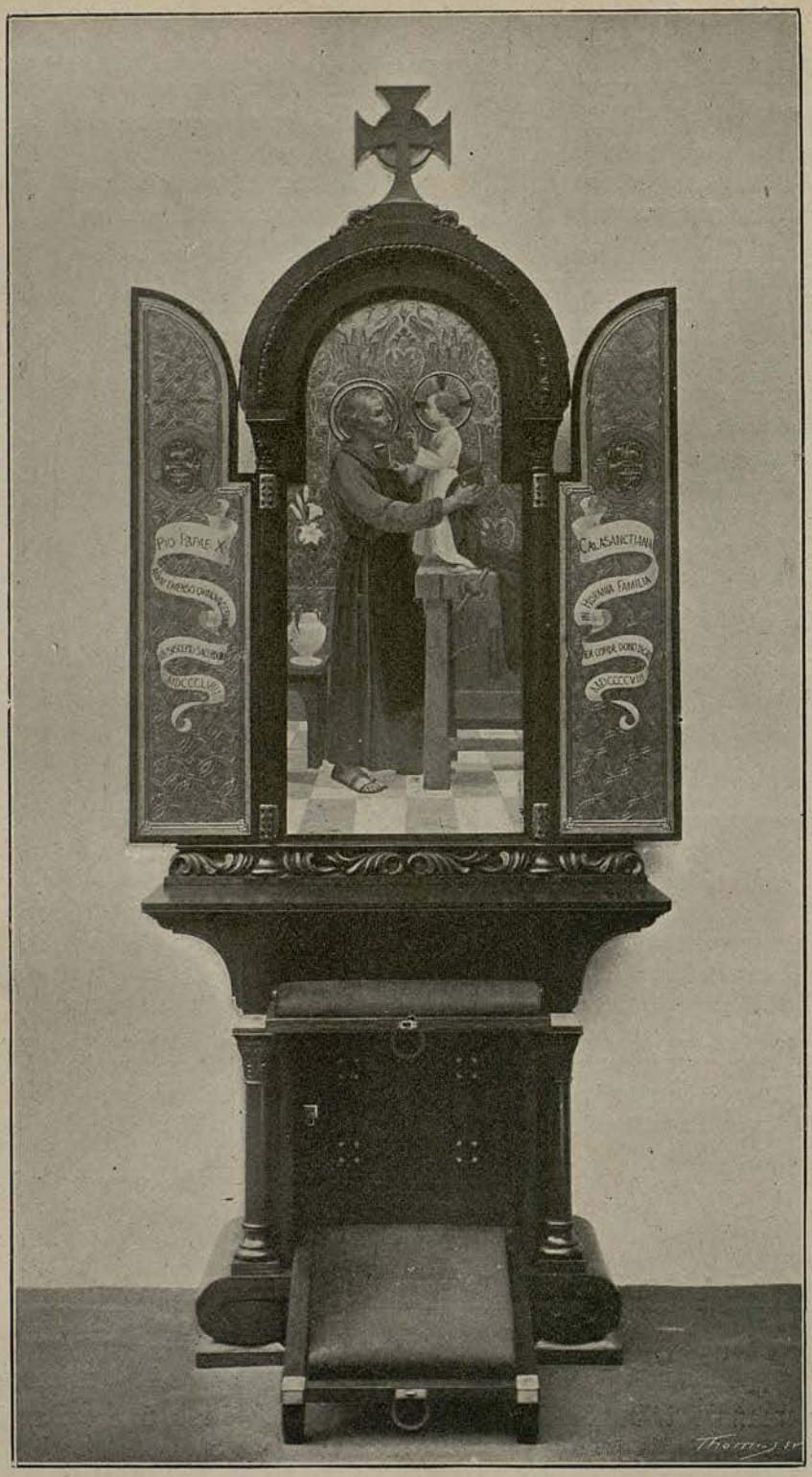
S'ha dit, y es cert, qu'al devant
De tots los homes d'altura
S'hi destaca la figura
De una mare la més gran.
Si d'aqueix acert duptèu
Anèu recorrent la historia,
Y en cada plana de gloria
Demostrat lo trobarèu.
Si al costat d'un Constantí
La historia una Helena hi posa,
Una Mónica gloriosa
S'alça prop d'un Agustí.
Si al Sant Rey Ferràn tercé
Berenguera no li manca,
Una insigne donya Blanca
Sant Lluis de França té.
Una veritat igual
Es, que'ls que s'han distingit
Són també aquells qu'han sentit
Més estimació filial.
Y això per què? Es molt senzill;
Veusaquí la prova clara:
Si'l fill gran fa gran la mare,
La gran mare fa'l gran fill.
Aquestes dos veritats,
Que si's vol no'n fan més qu'una,
No's pensin que son fortuna
Solsament dels temps passats.
Al mon encara s'hi veu
Un gran home, un sant varó,
Que si ell fou un fill molt bo
Sa mare no tingué preu.
Una làpida que hi ha,
De la blancura d'un lliri,
De Riese en lo cementiri,
Qui fou la Mare'ns dirá.
Diu: «Margarida Samsó
Fou una dona intachable,
Una esposa incomparable
Y una mare la millô.
»Pel maig del cinquanta dos,
Traidora una malaltia
Li llevà la companyía
Del seu estimat espós.
»Ab cor trist, mes no abatut,
Fiada en la Providencia,
Educà ab viril prudencia
A sos fills en la virtut.
»Lo dia dos de febrer
Del noranta quatre dava,
Quant vuytanta un anys comptava,
En pau lo sospir darrer.
»Y deixada aquesta vall
Té la garlanda teixida
Ab una penosa vida
De sacrifici y trevall».
Y'l fill? Fou un fill aquell
Que a sa mare idolatrava,
Que ab ella sempre pensava,
Buscant sempre'l seu concell.
Segons ell molts cops ha dit,
Fou aqueix amor sens mida
Lo més gran goig de sa vida
Y'l ressort de més profit.
Sa filial estimació
L'incitava més y més
A que sens parar busqués
La cristiana perfecció.
¡Ditxós ell, que comprenía
Tot lo que una mare val,
Y al carinyo maternal
Tan rebé corresponía!
Nostre bon Deu ha donat
Estrelles al firmament,
Flors al camp, sospirs al vent,
Mares a la humanitat.

Y al fer la mare, l'Altíssim
Hi abocà tota la ciencia
Y tota la omnipotencia
Per fê un ser acabadíssim.
Y si fou tan de veritat
Que la Sagrada Escriptura
Per presentâ una figura
Dels goigs de la eternitat
Diu: «Mireu, á dalt del cel
Vostre cor s'alegrarà
Tant com puga disfrutâ
D'una mare'l cor fidel».
Ah! les mares són tan grans!
Com a tals són tan perfectes,
Qu'han sortit sense defectes
De les totpotentes mans.
Y, com Dupanloup ha dit,
Deu, al contemplar sa obra,
Sembla que fins gelós cobra
Tement haverse excedit.
Donchs per l'Eclesiastich diu:
«Veniu; jo us estimaré;
De tots compassió tindré
Més que una mare; veníu».
Y afegeix per Isaía:
«Encara que un jorn vingués
Que la mare us oblidés,
Jo may vos oblidaría».
Després d'aixó, diguèu ara
Si sabía lo que's feya
Aquell fill de qui jo us deya,
Qu'aymava tan a sa mare.
Per xô'l Deu que'ns té anunciat
Qu'és com aquell qu'atresora
Aquell que a sa mare honora
Tan enlayre l'ha pujat.
Donchs, fecondant la llevor
Que sa mare en ell plantava,
Al trevall lo convidava
De la Vinya del Senyor.
Y aquell fill fou capellà,
Digué sa primera missa,
Y sa mare fou feliça
De poguer'la presenciâ.
Després fou lo fill aquell
Bisbe de Mantua, y un día,
De la mare en companyía,
Ensenyant la seva anell,
La mare tota cofoya
Ensenyantli a sa vegada
Son anell de desposada
Li digué: Fill, eixa joya
Igual que ta rica vesta
Que'm plau tan, a bon segur,
No l'haurías pogut dur
Si jo no portés aquesta.
Ab aplauso general,
Fou més tart un altra cosa
Donchs sa mare venturosa
Lo va veure Cardenal.
De Venecia Patriarca
Fou després.—¿No n'hi ha prou?
—No, senyors. –¿Sant Pare fou?
—Y encara ho es; dins la barca
De San Pere'l trovarèu,
Donchs aquell fill amantíssim
Es nostre Pare Santíssim,
Es lo Papa Pius dèu.

J. SOLER BIEL, Sch. P.

Tríptico-Reclinatorio

LA Escuela Pía Española, para asociarse al solemne homenaje tributado por todo el orbe católico á Su Santi-



Tríptico-Reclinatorio que la Escuela Pía Española ofrece á S. S. Pío X.

dad el Pontífice reinante Pío X, con motivo del entusiasta festival de la celebración del Jubileo Sacerdotal, le ha hecho donación de un magnífico Tríptico-Reclinatorio.

Esta hermosa obra de arte, que mide 3 m. de altura por 1'15 m. de ancho, es de estilo romano puro; ha sido ejecutada en los talleres de la acreditada casa Reig, de esta capital, en la que el escultor ebanista ha sabido dar todo el valor artístico á la obra. El eminente artista, don Adrián Gual, le ha imprimido su sabia dirección, corriendo además á su cargo la pintura del centro del Tríptico, que, sobre dorado fondo, representa á San José Esposo, en su taller de carpintería, conversando con el Niño Jesús. El dibujo y delicadísimo trabajo de pirograbado es obra de la habilidosa mano del joven escolapio Rdo. P. Valentín Soler, quien ha pirograbado en el fondo del Reclinatorio el majestuoso Colegio de las Escuelas Pías de Sarriá, como representación espléndida de toda la Escuela Pía; un bien combinado enlace de los escudos pontificio y escolapio, y en la parte superior otros delicados dibujos revelan una mano maestra en esta índole de trabajos.

Las aplicaciones metálicas doradas acaban de dar realce á esta riquísima obra, digna de la elevada Persona á quien se dedica, y pone de relieve el cariño y afecto de la Corporación donante.

En la parte interior y en dorado fondo se lee la siguiente inscripción latina: *Pio Papæ X añum emerso quinquagesimum ab suscepto sacerdotio MDCCCLVIII Calasanctiana in Hispania Familia ex corde dono dicat MDCCCCVIII.*

A esta preciosa obra de arte acompaña un elegante *Album Caligráfico* adornado con bellísimas orlas alegóricas y debido á las bien cortadas plumas de los RR. PP. Antonio Parera y Valentín Soler, en el que se explican las

solemnes fiestas jubilares celebradas en este Colegio de San Antón.

R. P.

Audiencia Pontificia

EL día 6 de octubre del corriente año, S. S. concedió una audiencia particular é íntima al Rmo. P. General de las Escuelas Pías, P. Manuel Sánchez, y á su Congregación con motivo de su Jubileo Sacerdotal. Fueron tantas las muestras de simpatía y cariño de S. S. hacia las Escuelas Pías, que tanto el Rmo. P. General como sus acompañantes quedaron tan profundamente conmovidos, que llegaron á derramar lágrimas; y había motivo más que suficiente para estas manifestaciones de filial afecto, pues S. S. había encargado la dirección del Seminario Pontificio de Subiaco á nuestros Religiosos, con preferencia á los de las demás Ordenes, á pesar de los muchos y graves inconvenientes que encontraban los Superiores.

Al recibir en audiencia al Rdo. P. Antonio Sumalla, Rector de aquel Seminario, y demás Religiosos destinados al mismo, S. S. les dió sabios consejos para la dirección del Colegio, manifestándoles al mismo tiempo que la misión que realiza la Escuela Pía en bien de la juventud es la más sublime de la tierra.

PLÁCIDO

Arbol Calasancio

EL JUBILEO PONTIFICIO

El día 16 del pasado noviembre se celebraron, en todos los Colegios de nuestra Orden, magníficas y entusiastas fiestas religioso-literarias, para conmemorar las *Bodas de Oro sacerdotales* del actual Pontífice Pío X. En

la imposibilidad de dar cabida en esta página á todas y cada una de las hermosas reseñas que nos han enviado nuestros amables corresponsales, expondremos sucintamente algunas de ellas.

Escuelas Pías de Sabadell.—En este Colegio se celebró la fiesta por el orden siguiente: Por la mañana, á las ocho, hubo Comunión general, á las diez, Oficio con exposición del Santísimo Sacramento. Esta duró hasta las cinco y media de la tarde, terminando con el *Te-Deum*, precedido del santo Trisagio. Desde las once y terminados los Divinos Oficios, los alumnos del Colegio, que forman un total de 700, divididos en nueve secciones, visitaron sin interrupción á Jesús Sacramentado, permaneciendo cada una de ellas media hora en el templo orando por el Pontífice y la santa Iglesia.

Escuelas Pías de Olot.—Muy solemne resultó la fiesta que se celebró en este Colegio, dedicada al Supremo Jerarca celebrando su jubileo sacerdotal. Por la mañana se acercaron á la Mesa Eucarística todos los alumnos, dirigiéndoles una fervorosa plática el Rdo. P. José Calasanz Balañá, imponiendo la medalla de las Congregaciones Marianas á numerosos aspirantes. A las diez, solemne Misa, cantándose la *Teresiana* compuesta por el Rdo. P. Manuel Roca, Rector del Colegio, ocupando la cátedra de la verdad el Rdo. P. Juan Vallverdú, quien en magnífico y elocuente discurso hizo la apología del Papado en unión de las glorias de la Escuela Pía. Por la tarde se celebró solemnísima Velada, siendo los principales números la poesía *Bodas de Oro, Tu es Petrus, Roma y el Pontificat, La Escuela Pía y el Papa,* precedidos de un hermoso discurso inaugural.

Con motivo del Jubileo Pontificio, las Congregaciones de este Colegio enviaron un Mensaje de felicitación al Santo Padre, al que se dignó contestar el Cardenal Merry del Val con un autógrofo, cuya copia es como sigue:

«Rdo. P. Director de la Congregación de Nuestra Señora de las Escuelas Pías y de San José de Calasanz.—Olot.

Reverendo Padre: Su Santidad se ha enterado con agrado del Mensaje dirigido por las Congregaciones Marianas á su Augusta Persona, con motivo de su *Jubileo Sacerdotal.*

Y al encargarme que dé las gracias á los señores de la Junta é individuos de dichas Congregaciones por su filial homenaje y adhesión á las enseñanzas de Ntra. Sta. Madre la Iglesia, concede á todos, con paternal afecto, la *Apostólica Bendición.*

Soy de V. R. afmo. servidor —RAFAEL CARD. MERRY DEL VAL.»

Muy bien por las Congregaciones Marianas de nuestro Colegio de Olot.

En el Colegio Samá.—Verdaderamente importante resultó la sesión pública que la Asociación Calasancia celebró el día 11 de noviembre en el Salón de actos del Colegio Samá, bajo la presidencia del M. R. P. Juan Bautista Ambrós, Viceprovincial de las Escuelas Pías de Cataluña, á cuya

derecha tomaban asiento el Presidente de la Asociación Calasancia, don Francisco Oliva Almirall, el Rdo. P. Leandro Cuxart, Superior de estas Escuelas Pías, y algunos individuos de la Junta Directiva de la Asociación y de la *Academia Calasancia* de Barcelona, y á su izquierda el Catedrático auxiliar de la Universidad de Barcelona, doctor D. Cosme Parpal y Marqués, D. Carlos Ziegler, D. Ramón Tapies, D. Alfonso Moncanut, el Director de la Asociación, Rdo. P. Luis Serra y el Vicepresidente, don Francisco Gumá y algunos Rdos. Padres de la Comunidad.

Para dar muestra real de la grandiosidad del acto, bastaría reproducir el atinadísimo discurso que improvisó el dignísimo Presidente de la Academia Calasancia de Barcelona. «Pediame el M. R. P. Viceprovincial, que tan dignamente preside este acto académico, sintetizara las concepciones brillantes con que han recreado nuestras inteligencias las autorizadas palabras de los asociados, para que pudiera presentarlas en forma de ramillete en el que se pudiera ver, con sólo una mirada, las bellezas que adornan esta Asociación, de la que puede decirse que ha nacido ya llena de vida, que bien pudieran anhelar para sí otras Asociaciones que cuentan ya con algunos años de existencia.

¿Pero cómo voy á sintetizar, si todavía no salgo del asombro que me ha causado el acto que acabo de presenciar? Porque es la verdad que yo creía ver aquí una Asociación naciente, y como tal, con sólo las cualidades que son inherentes á toda institución naciente, y me he encontrado con una entidad que, á poco de nacer cuenta con recursos literarios que bien pueden ponerse en parangón con nuestra Academia de Barcelona».

Realmente de las palabras del Sr. Parpal se deduce que fué en su concepto un acto digno de la Asociación Calasancia.

Pasó luego á compaginar las dos partes de que se componía el programa, á saber, la dedicada á Su Santidad y la dedicada á San José de Calasanz.

En breves, pero elocuentísimos párrafos, hizo ver cómo San José de Calasanz resolvió, con la creación de las Escuelas Pías, el grave problema social de la diferencia de clases.

Cerró la sesión con un hermoso discurso el Rdo. P. Luis Serra, Director de la Asociación.

El acto resultó brillantísimo y de él podemos decir que da á conocer lo que será con el tiempo la Asociación Calasancia de esta villa.

RAMÓN PUIG, Sch. P.

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD.—MONTEALEGRE, NÚM. 5. BARCELONA